



Comisión 3

Índice

1. La luz del túnel. Tamara Arenillas
2. Un secreto bien guardado. Sofía Baige
3. Fue culpa de ella. Guido Battigelli
4. Esperanza de cambio. Candela Bosco Navarro
5. En algún lugar las cosas se guardan. Ignacio Bravo Vera Pinto
6. Tuve miedo al decidir. Jhonatan Buitrago Franco
7. Fiesta orgullosa. Matías Coria
8. Desglose de sentido. María QuimeyDasso
9. Amor ciego. Alexis Duque López
10. ¿Me desperté esta vez? Joaquín Fernández
11. Destino incierto. Franco Ferreyra
12. La mujer, salvación y destrucción. Karim Gorjón
13. Media hora. Daiana Guzmán
14. Un ensueño final. Mauro Exequiel Ligorria
15. El dolor de elegir. Valeria Marín
16. Al borde del muelle. Luis Ángel Mejía
17. Oscuridad y manos frías. Agustina Molina
18. El camino. Octavio Mussolino
19. El viaje esperado. Delfina Mónaco
20. La luz de la oscuridad. Oriana Nisii
21. Oscuridad. Juana Nuñez
22. Deja vó futbolístico. Brian Ojeda
23. Animal. Sol Peralta
24. Estudiar ¿Para qué? Jorgelina Ruggiriello
25. Nos quieren sumisas, pero seremos guerreras. Selena Reniero
26. Los hombres también, señora. Santiago Salgado
27. Pétalo de faroles celestes. Simón Stravalachi
28. Sonido enterrado. Joaquín Vasvaldo
29. Vuelta a casa. Sofía Zara

La luz del túnel

Tamara Arenillas

Le sostenía la mano con fuerza, sentía su temor y cómo sus manos y piernas temblaban, pero aún así ella seguía valerosa, firme y a mi lado. El muro de repente se abrió y una bocanada de luz nos encandiló, transfiriéndonos a otra dimensión, a mi dimensión. Nos encontramos juntos y seguros, ella dispuesta a salvarme y yo confiaba plenamente en que lo haría.

Me coloqué frente a Virginia, tomé su hermoso rostro y le di suavemente un beso en su frente, estaba fría y yo hervía. Sus grandes ojos celestes se dilataron y se encontraron con los míos, era el momento, mi momento de encontrar paz.

Tocaba suave y de a poco sus piernas, era tan pura, tan buena. Por un instante me sentí vivo, recordé lo que era y en lo que me había convertido, cómo este bello niño encendió lo más oscuro de mi corazón.

Cada roce de su piel me devolvía la paz y el amor que me faltaba desde hacía muchísimos años. De un momento a otro me liberé, sentí mi cuerpo elevarse, era el momento de dejar atrás esta vida, para pasar a la vida eterna. Vi por última vez los bellos ojos de Virginia y le agradecí por su noble acto de valentía, también le mencioné que había dejado un cofre lleno de joyas dignas de usar para la hermosa mujer que sería de ahora en más.

La vi salir de esta dimensión con un rizo despeinado y su vestido aún roto. Ya dejé esta tierra de locos y pude de una vez por todas descansar en paz absoluta.

Un secreto bien guardado

SofiaBaige

Volvía a mi habitación después de quedarme unas horas en la biblioteca, ya todos dormían y yo no podía conciliar el sueño. Traté de entender un escrito que estaba en uno de los vitrales de allí, pero por mucho esfuerzo que hiciera para entenderlo, no lo lograría, por un momento creí que podía llegar a tener relación con el fantasma que hay en casa, pero de ser así, nunca lo sabría.

Al subir por las escaleras tomé la precaución de no hacer ruido alguno, no quería despertar a nadie, solo se escuchaba el ruido que hacían las ramas de los árboles

cuando el viento las empujaba contra la ventana. También se podía oír el suave sonido de la lluvia que acompañaba aquellos leves golpes.

Llegué a mi cuarto, lo encontré muy frío, entonces fui a cerrar la ventana, pero no estaba abierta. No veía alguna explicación razonable para averiguar de dónde salía esa brisa helada que me rozaba la piel y me erizaba cada vello del antebrazo. No le di mucha importancia y decidí acostarme.

Casi a punto de quedarme dormida, sentí que algo se apoyaba en los pies de mi cama, con nervios giré para ver qué había y para mi sorpresa, era el fantasma, se lo veía triste.

—¿Te sentís bien?— le pregunté con mi voz un poco temblorosa.

—¿Vos leíste la profecía escrita en el vitral de la biblioteca, verdad?— me respondió.

—Sí, pero no la entendí.

—Esa es una profecía escrita hace muchos años y la debo cumplir para poder ser libre— dijo Simon.

—¿Qué es lo que quiere decir?— le pregunté.

—Quiere decir que una dama debe tener una muestra de amor conmigo, de no ser así, estaré condenado a vagar desgraciadamente por esta casa—dijo.

Quedé perpleja, sin nada que decir, tenía la mente en blanco, me dio mucha lástima verlo así y no lo iba a pensar dos veces.

Cerré mis ojos, no pensaba en nada más que en el sonido de la lluvia y el viento, ya no sentía frío. En la habitación no se sentía más la tristeza de aquel fantasma, solo amor y una gran sensación de tranquilidad. Lo que pasó esa noche solo lo sabré yo y la lluvia que chocaba mi ventana.

Fue culpa de ella

Guido Battigelli

Puedo sentir las. Sus miradas voraces y destructivas, calando en lo más profundo, recorren mi cuerpo como un rayo gélido y estremecen todo mi cuerpo. La angustia e impotencia pelean, pelean por salir a borbotones de mis ojos, mis puños.

Camino por la ciudad con la cabeza gacha y la mirada perdida en las baldosas grises del parque, todo se vuelve opaco, me siento obnubilada por el miedo, por esa

sombra que me persigue todos los días. Deambulo sin rumbo cuando el terror susurra al oído.

—¡Qué linda estás hoy nena!—grita un sujeto, sentado bajo la sombra de un roble.

—Gracias—le contesto, limitada por el temor.

—¿Querés tomar algo en casa mi amor? Después yo te alcanzo, no te preocupes—
vuelve a insistir el sujeto, que se levanta y comienza a seguirme.

Las lágrimas asoman y siento cadenas en mi garganta, mi cuerpo no responde, no puedo correr, no puedo gritar, no puedo hacer nada y siento cómo el miedo me asfixia. El mundo se colapsa sobre mí.

—Dale vení, no seas mala che—suelta el hombre en un tono agresivo— ¡Frená porque te mato!

Repentinamente un silencio inexplicable lo envuelve todo, mis ojos ennegrecidos por la desesperación buscan ayuda a mi alrededor, pero no hay nadie, estoy sola y abandonada a mi suerte. Todo se vuelve oscuro y me desvanezco, dejo atrás lo que alguna vez fui, ya no siento nada, yo, al igual que muchas otras, tuve que marcharme injustamente. Escucho los llantos, la lucha y esas voces que no se callan.

—Pero ¿Cómo iba vestida la chica? Seguro andaba provocando—le grita uno a la tele de su sala

—No sé, lo más probable es que sí, viste— acota otro.

—Habría que ver, seguro ella le dijo algo—insiste el primero.

—Esto pasa porque están hechas unas trolas—replica el hombre, mientras termina su cerveza.

Esperanza de cambio

Candela Bosco Navarro

La alarma. Ese sonido espantoso que me despierta otra vez, y me obliga a levantarme y seguir igual a todos los días. Obligándome a seguir sintiendo que mi cuerpo ya no es mío, que en realidad no es mi vida, es una película de terror, repetitiva, siempre igual.

—Me voy a trabajar. Te dejé un plato con galletitas y un vaso de agua. Más te vale que esté todo limpio cuando vuelva. A ver si puedo llegar a mi casa y estar

tranquilo un día por lo menos...—me dijo ayer, antes de ayer, el día anterior a ese y el anterior también.

Sabía que faltaban exactamente quince minutos para que me lo diga hoy, por lo tanto, me levante rápidamente y me cambié para no alterarlo, pero no funcionó. Apenas abrió la puerta y vi su cara, supe que venía el primero del día, y que le iban a seguir muchos más. Ese ardor en mi mejilla, la sensación de que su palma quedó pegada en ella, levantar la cabeza y ver mi reflejo sumiso, resignado y desganado en el espejo del ropero, como todos los días.

Por fin se fue y me dejó sola con mi tristeza y toda una casa que limpiar hasta el cansancio y más. Después de comer las pocas galletitas que mi enojado impaciente marido me había dejado, empecé a barrer. Cuando llevaba ya medio comedor limpio, sonó el timbre. Automáticamente me arreglé el pelo, pellizqué mis mejillas, para que no se note la palidez a causa del hambre y abrí la puerta. Era Vale, mi hermosa y obstinada Vale; era muy raro verla sin su sonrisa enorme y blanca, sin embargo así la encontré hoy.

—Agarrá tus cosas y subí al remis que está en la puerta, ya—dijo haciéndome señas con las manos para que me apure. —No podemos seguir así—insistió.

Por un par de minutos dude, se me vinieron a la cabeza todas las bofetadas, humillaciones, denigraciones y miedos que pasamos ambas. Todo lo que vendría si su plan no funcionaba. Sin embargo, en ese instante de adrenalina pude volver a sentir que era yo, que mi cuerpo y mi mente volvían a conectar, y un mínimo de esperanza se apoderó de mí. Me imaginé viviendo una vida como la de esas mujeres que tanto vi en la tele, cuando mi Ale se iba, esas mujeres que marchan, que son encanto.

En algún lugar las cosas se guardan

Ignacio Bravo Vera Pinto

En algún lugar las cosas se guardan. Mis recuerdos son corporales, sensaciones. Posiciones que son imposibles. Es una sensación la que tengo en todas partes, un espesor poco distinguible, una bruma que no alcanza a ser recuerdo.

Entonces me encuentro recostada en la cama y él, mi pareja, mi compañero de elección, comienza a tocarme, le digo que no, que así no, que me da sensación a mi

viejo. Le digo que no, que recostada boca abajo en la cama no, que no me toque el culo así, porque la sensación me vuelve y me marea. Entonces a veces lloro, en esos momentos, y quizás también me siento estúpida.

—¡Soy una estúpida!—él me mira y no entiendo bien su cara.

De pendeja, adolescente, me castigué, andaba por la vida buscando el cilicio. Asumí por esos tiempos que el problema era yo y no ese padre que me visitaba cuando era una nena, por las noches. Castigué mi cuerpo, lo odié, lo quise y busqué que otros también lo odiaran. Dejé que me penetraran buscando la sangre, quería sentir dolor. La sangre era mi triunfo.

Muchas personas me trataron de loca, que era muy nena para acordarme, que me haga tratar. Yo me lo creí, me convencí de que todo era una imaginación mía. Ya estoy grande, confío en mi cuerpo y en mis sensaciones. Pero aún lloro cuando descubro algún resquicio en mi piel que me marea y me trae ese espesor en el que camino, pero que en algún momento se hace visible.

Tuve miedo al decidir

Jhonatan Buitrago Franco

Querido diario, el día de hoy quiero contarte algo que me viene sucediendo desde hace mucho tiempo. Desde pequeña he sentido atracción por las mujeres pero me he sentido privada de poder decidir sobre mi orientación sexual, pues mi familia siempre ha discriminado a las personas homosexuales y tengo miedo que en algún momento me rechacen. Siempre he tenido que aparentar el gusto hacia un hombre. A lo largo de mi vida ya he tenido varios novios pero nunca me he sentido cómoda. A veces me pregunto porqué nunca desde pequeños nos han educado para poder decidir sobre nuestra orientación sexual y no solo en la escuela sino también en casa.

A pesar de todo esto he tomado la decisión de darle a conocer a mi familia la situación por la que estoy pasando y hacerles entender todo eso que conlleva ser homosexual, así de alguna manera se los podré hacer entrar en la cabeza. Ante un estado que reprime y una sociedad que discrimina, creo que son muchas las personas que se encuentran en mi situación y espero que eso en algún momento cambie, y así cada uno pueda decidir sobre su orientación sexual y su cuerpo.

La semana pasada fui a la Iglesia y analizando lo que decía el sacerdote me di cuenta que estos también se encargan de adoctrinar a las personas en las cuestiones de género, por ende, desde ese día decidí dejar de asistir.

Para concluir, querido diario, quiero confesarte algo que me tiene muy contenta: empecé a salir con una nena y todo marcha tan bien que lo más probable es que empecemos una relación e ir juntas luchando contra esas críticas sociales. No volverme a esconder por algo que soy. Sí, soy lesbiana...

Fiesta orgullosa

Matías Coria

Estaba trabajando en una fiesta, bailando y alentando a la gente para que siga disfrutando la música. De repente se me acercó una chica llorando, diciendo que había un chico pegándole a mujeres, miré hacia el público y sí, estaba prácticamente peleando con todo el público.

Siguiendo a mi compañero, atento a lo que estaba sucediendo saqué el micrófono y dije: "en esta fiesta no está permitido ningún tipo de violencia de género". Entonces, le pedimos por micrófono que se retirara del establecimiento.

Este personaje cegado por su furia y alcoholizado no quería salir del lugar, es más, seguía tirándoles del pelo a las mujeres, empujándolas a tal punto de dirigirse a la barra que se encontraba ubicada del lado contrario a la salida. El público empezó a empujar a este chico, le pegaron, le insistían que se retirara. Pero nada servía, este muchacho siguió en modo territorial, nada parecía hacerlo entrar en razón.

En ese entonces mi amiga Lara nuevamente le pidió que se fuera. Pero nada lo movía, avisamos a seguridad y no aparecían. Se generó una situación larguísima, se apagó la música y estábamos todos atentos a lo que pasaba.

La misma gente empezó a cantarle y gritarle cosas. Algunas personas directamente le tiraban manotazos, lo perseguían para que se fuera del establecimiento. Todo desde el escenario a mí me pareció como una tranquera llena de ganados apretados yendo contra uno.

Todos eufóricos, cantando hasta que logramos que seguridad llegara. Fue tanto el tiempo que nos llevó a sacarla del lugar a esta persona, y el seguridad vino y la sacó

como si fuera una bolsa de papas. Fue emocionante para la gente, que terminó la noche gritando como si fuese una gran victoria.

Desglose de sentidos

MariaQuimeyDasso

Increíblemente comencé a sentir su tacto. Gradualmente y a medida que el fantasma de Simon me guiaba hacia mi propia biblioteca, comencé a sentir su pálida y fría mano sobre la mía. El calor de esta me hizo mirar su cerviz sorprendida, sin entender el por qué.

Al llegar y encontrar mis ojos, Simon me miró con un dejo de júbilo, seguido de una caricia en mi cabello que me dejó incapaz por unos segundos.

—¿Por qué puedo tocarte?— dije al reaccionar, recorriendo con la mirada mi ya conocida biblioteca. Al mirar al suelo reconozco mi alfombra pero sin la insuperable mancha de sangre. Sentía frío, pero no corría viento. No deducía si todavía era de noche o ya comenzaba a amanecer y la fuerte luz ayudaba a no estar completamente a ciegas.

—¡La sangre desapareció! Al fin y al cabo, pinkerton funcionó—exclamé al notar el ambiente tenso que se había generado.

—No fue su módico producto de limpieza—dijo a mis espaldas una aguda voz. Al girar sobre mi propio eje noté a una señora robusta que portaba un antiestético vestido color caqui, el cual no beneficiaba a su figura.

—¿Disculpa?—pregunté aún más confundida por la situación.

—Al notar el silencio de mi ex marido, paso a presentarme. Soy la señora Canterville, Francis Canterville— comenzó a dirigirse hacia mí en un paso lento y preciso.

—Te preguntaré porque le pedí que te traiga aquí. Pues bien, como sabrás, Simon me debe un favor luego de asesinarme por el hecho de que mis gustos no eran satisfactorios para él, y le he pedido, luego de espiarte diariamente, que te traiga para que charlemos—la miré esperando que prosiguiera, media somnolienta por el sueño y el calor que libraba la chimenea.

—Como veras yo fui una buena mujer libre de pecado y he decidido donarle mi pureza a tu querido amante para que pueda descansar en paz a cambio de un beso

de tus hermosos labios, Virginia. Me he enamorado de ti, más aún de lo que tus expectativas puedan alcanzar— dijo mientras agarraba mi pequeña mano para acariciarla.

Entendí finalmente la situación y la angustia se apoderó de mí. No por el beso, sino porque entendí que nunca más vería a Simon. Pero su felicidad era más que la mía. Mirándolo a los ojos tomé rápidamente del cuello a la mujer parada enfrente mío y comencé a besarla, en un principio forzadamente, que sorprendentemente mutó a un beso apasionado que nunca había tenido.

Vacío y calor. Abrí mis ojos repentinamente y estaba sola. Era de día, el calor de la chimenea se hacía sentir y me encontraba en mi atuendo de cama. Miré a mi derecha y la mancha no se encontraba, dándome a entender que no había sido solo un sueño y que nunca más vería al alma perturbada de Simon.

Amor ciego

Alexis Duque López

Juan, un joven que llevaba ocho años con su novia del secundario llamada Andrea, se enfrentó a una seria conversación con ella. Aburrida y con ganas de huir de su casa por los maltratos y malas palabras de su padre, Andrea le dijo que quería buscar un trabajo y ser independiente para poder escapar del mal que se encontraba en su hogar. Impidiéndole accionar su corta edad, y teniendo una madre sumisa, una mujer que nunca salió a ganarse la vida porque su marido no se lo permitió, se enfrentó al discurso que “la mujer se queda en casa y el hombre es el que sale a buscar los alimentos”. Una frase que su marido dijo a su madre previamente y que ahora ella le repetía a su hija; no intentaba evitar que Andrea repitiera su historia.

La joven, sintiéndose atrapada frente a esta situación, decidió escapar, llegando a la casa de su novio, quien vivía solo desde hacía un tiempo. Allí fue bien recibida, y no imaginó que viviría luego el peor maltrato. Al inicio todo fue muy bien, y la relación parecía estar en su mejor momento. Cuando comenzaron los problemas de dinero Juan se vio en la necesidad de buscar otro trabajo, para poder sustentar así la casa. Al tener problemas con sus jefes y compañeros, comenzó a llegar al hogar enojado e ignoraba a Laura, quien sólo quería saludarlo y lo esperaba con la comida. Juan

tiraba los platos, porque no le gustaba cómo cocinaba ella y le recriminaba que en lugar de estar con el teléfono todo el día fuese a lo de su madre a aprender cómo hacer las cosas de la casa.

Juan comenzó a recordarle y echarle en cara a Andrea que ya no vivía con sus padres, y la situación comenzó a hacerse cada vez más grave. Él empezó a golpearla, hasta que un día lo hizo tan fuerte que la dejó inconsciente. Al recuperar el conocimiento, Andrea se encontró con su pareja pidiéndole perdón y diciéndole que era ella quien lo provocaba con su forma de ser.

El tiempo transcurría, y Andrea ya no salía a la calle por los moretones y marcas que tenía en su cuerpo y por miedo al “qué dirán” de los vecinos. Se fue encerrando cada vez más, para no denunciar al monstruo con el que vivía.

¿Me desperté esta vez?

Joaquín Fernández

Era sábado y me desperté. Había comido como un cerdo y tenía resaca, me sentía pesadísimo y no quería que nadie me hablara. Al menos había silencio. Saludé a mi hermano y no me respondió. Siempre tan engreído.

Salí de mi casa hacia la escuela, sin saludar a nadie me senté en el banco de siempre. Llegué apenas tarde. Todos me miraban, como si quisieran advertirme algo pero nadie se atreviese. Desde ese momento todo empeoró, pude sentir un silencio horroroso que penetraba el ambiente; un ambiente cada vez más tenso y callado. Hacía un calor denso e insoportable.

Intenté hablar con mis amigos y sólo recibí silencio y esa mirada horrenda, inclusive cuando les rogué que pararan. Quise creer que era una joda pero no, no me hablaban más; ni ellos, ni los profesores, ni la gente de la calle. Incluso llamé a mamá y rogué, grité, lloré, hasta transpiré esperando un simple “hola” que rompiera ese silencio denso. Pero sólo escuché eso, justamente, ese silencio que como una paradoja me aturdía. De golpe me tranquilicé, me dije a mí mismo y me convencí que estaba soñando; todo era un sueño lúcido. Ahora sólo debía esperar a que terminara.

Pasó mucho más tiempo del que creí que debía esperar, pero estuve tranquilo, hice lo que quise más allá del silencio de todos y de sus asquerosas caras que querían

gritarme algo. Así, el tiempo pasó muy rápido, sabía que seguía soñando porque no podía dormir, no importaba cuánto lo intentara. Llegué a contar tres días así. Lo más raro era ver cómo los demás hacían vida normal, inclusive viéndome ahí, aunque les gritara y les dijera todo tipo de cosas. Además si hablaban entre ellos, aunque lo hicieran cuando yo no estaba frente a ellos, yo los escuchaba. Se reían mucho, y a veces muy fuerte. Estaba a punto de volver a desesperarme, pero al fin pasó: el viernes 3 de octubre intenté dormir y lo logré; me desmayé prácticamente. Nunca me sentí tan aliviado como cuando desperté.

Era sábado, y me desperté. Había comido como un cerdo y tenía resaca, me sentía pesadísimo. Mi hermano entró en la habitación y lo saludé pero no me respondió. Siempre tan engreído.

Destino Incierto

Franco Ferreyra

El lugar donde me encontraba era grande, con solo caminar podía percibirlo, no veía nada y la oscuridad era interminable. La desesperación aumentaba, mis pies tocaban el suelo y ni un solo sonido interfería con mi respiración. De pronto me paralicé al escuchar otras voces, eran chicos y chicas quizá de mi misma edad.

De a poco las voces se multiplicaron, el sudor de mi frente caía con más rapidez, comencé a temblar por el solo hecho de sentir miedo y temor a la vez. Un silencio total invadió el lugar, me agaché lentamente y me recosté sobre el piso. De repente, comenzaron los disparos y estando boca abajo tapé mi cabeza con mis manos.

Cientos de tiros por doquier rebotaron por todos lados, comencé arrastrarme para escapar de las balas, ya no tenía miedo de que me hirieran, solo quería escapar. De inmediato encontré una caja pequeña, la abrí y tenía un fósforo, en ese momento el tiempo se detuvo. La decisión más importante se presentaba ante mí, miles de preguntas colmaron mi mente ¿Debo encenderlo? ¿Encontraré una salida?

Los disparos frenaron, se escucharon risas, era el momento justo, encendí el fósforo y en esos pocos segundos que se iluminó el lugar, logré ver una puerta; solté la caja y corrí hacia la salida. En ese lapso una bala atravesó mi cuerpo y caí al piso sin poder moverme.

En ese momento me pregunté si lo ideal era quedarme en el suelo sin prender el fósforo o volver a adentrarme en la difícil tarea de superar los disparos y buscar escapar. Aunque al despertar tuve la incertidumbre ¿Escapar de quién? ¿Por qué? ¿Por qué yo?

La mujer, salvación y destrucción

Karim Gorjón

El edificio tenía muchos pisos, a todos y todas nos daban un pase de principiante para acceder a las salas o departamentos. No logro recordar si era para hacer compras o para vivir ahí. La vestimenta era totalmente blanca, sin mochila y con pelo largo, había una sala de verificación de atuendo con mi nombre y mis apellidos (en este punto comprendí que estaba soñando, porque me llamaron por mi primer nombre, el cual no uso y tampoco suelen llamarme así).

Un guardia me agarró de los hombros y me tiró para atrás porque un foco que estaban colocando en el techo se desprendió, entonces no me cayó en la cabeza. Comencé a caminar hacia el baño de mujeres que se encontraba apartado de la enorme sala de verificación, entré al baño sin saber que el sueño pasaba a ser una de las peores pesadillas que más odié y odio hasta hoy. Todos los cubitos del baño estaban cerrados desde adentro, así que me agaché en cada uno de ellos para probar que no hubiera nadie, hasta que en el último del lado opuesto izquierdo de la puerta del baño se encontraban tres pares de piernas, supuse que eran de mujer por los zapatos y por el lugar donde se encontraban. Me levanté porque estaba en cuclillas para esconderme, porque escuché que una de ellas dijo “al fin entró alguien”. Salieron las tres mujeres del cubito, me llamaron por mi nombre, me encontraron y me agarraron de los pelos (de la sorpresa recuerdo el dolor y haberme destapado con las sábanas).

Seguramente, y por lo que recuerdo, la tecnología en la pesadilla era algo avanzada, ya que todas las mujeres teníamos un chip en cualquiera de las dos manos que con solo apretarlo se activaba y aparecieron a ayudarme.

Habían pasado dos minutos cuando la puerta del baño se abrió dejando ver a dos mujeres que venían a ayudarme, pero con ellas apareció Clarisa, una amiga de toda la vida. Ellas echaron a mis agresoras y las llevaron con los guardias para dejarlas

detenidas. Pero las mujeres que habían ido a ayudarme repentinamente, me encerraron detrás de una puerta con Clarisa. No recuerdo nada más. Me quedé con la incógnita de por qué pensé a mi amiga como salvadora.

Media hora

Daiana Guzmán

Después de un día agotador de facultad, me bajé del micro y llegué a casa. Comí algo liviano y me recosté un rato porque tenía que quedarme durante toda la noche estudiando para un parcial, pero algo inesperado ocurrió: el sueño se apoderó de mí y entré en un descanso profundo.

Empecé a sentir que me quería despertar y no podía, estaba atrapada en una pesadilla nuevamente. Soñaba que llegaba a casa, todo estaba oscuro debido a un supuesto corte de luz y yo por alguna razón me encontraba descalza. Cuando empecé a caminar para dirigirme hacia adentro, sentí que pisaba algo con los pies; se sentía acolchonado pero chiquito. Salté del susto y del asco, encendí la linterna del celular y me acerqué a observar qué era. Era una rata muerta.

De golpe volvió la luz y pude ver cómo todo el comedor estaba infestado por ratas, no sabía qué hacer. Traté de gritar y que alguien me escuchara, pero nadie lo hacía. Era consciente de que era un sueño pero como muchas veces antes, no podía despertarme. Hacia fuerza para moverme, pero no sentía mi cuerpo.

Me desperté de a poco y el nerviosismo que tenía se me fue yendo. Agarré el celular y cuando vi la hora, caí en la cuenta de que sólo me había dormido 30 minutos. Así como me despabilé, me volví a dormir y no soñé nada más, o quizás no lo recuerdo.

Un ensueño final

Mauro Exequiel Ligorria

Esa noche llovía, tomé café y me tiré en la cama a escuchar una sinfonía. Estaba solo pensando en recuerdos de la infancia. Me acordé de aquellas noches que dormía en lo de mi abuela y me contaba historias de su vida con su familia. Me

confesó que odiaba los truenos, las tormentas y que le horrorizaba la lluvia; esa fuerza bestial que era capaz de generar el agua al tocar la tierra.

“Una vez nos inundamos”, me decía con sus ojos brillantes. “Yo era chica, me subí al techo y lloré pensando en todas las cosas que el agua borra sin despojo alguno”.

“Ahora soy vieja pero aún me acuerdo, el tiempo lo transforma todo. Hoy no es angustia, es sólo la soledad” me dijo, “la terrible incertidumbre que el mismo tiempo nos depara, de mirarme en el espejo y sentir el vacío, de pensar demasiado hasta que en ese día (no sé cuál), tal vez no despierte”.

La música terminó, me agarró sueño, bostecé, puse otra canción y cerré los ojos pensando en mi abuela y esa desesperante sensación de la muerte, de envejecer viviendo en la incógnita de un final.

¿Era yo? Me toqué las manos y el pelo, estaba oscuro y no me podía mover; sólo eran mis manos, las cuales sentí rasposas y frías. A través del tacto pude sentir mis arrugas. Era viejo, estaba solo y afuera llovía; no existía la luz, tan sólo el sonido.

Mi mente acongojada y confundida no distinguía entre la lluvia, los truenos y mi respiración. Mi cabeza no paraba de pensar y sobre-pensar. Me acordé de mi familia, del patio de mi casa, mis hermanos y la sonrisa de mi vieja. Quería decirles tanto, tanto que no dije. Las lágrimas se fusionaron en mi rostro como la lluvia en el pasto.

Solo me quedaba recordar y extrañar, sentirme vivo en este ensueño, mirando desde adentro, contemplando desde la oscuridad de mi cuerpo el vivaz sentimiento de esta alma que aunque oscura y serena, gritaba desde su inocente aliento. Volver a escuchar la armonía de vivir, mirillas de un alma que regocija sus más puros sentimientos que no bastan con simples palabras. Ni siquiera con estas que se pierden en el corazón.

El dolor de elegir

Valeria Marín

Tantas veces habías escuchado que sucedían situaciones de violencia, pero hasta que no las viviste, no las dimensionaste.

Te encontrabas siempre en tu lugar, impecable, perfecta, multifacética. Nunca se te caía un “no” de la boca, todas las exigencias cubiertas, trabajo adelantado, la empleada ideal.

Un día llegaste y encontraste que en tu lugar había otra persona. Tu escritorio, despojado de tus pertenencias que te esperaban guardadas en una caja. Sin embargo, alguien ocupaba la silla que por tanto tiempo usaste.

Lo primero que pensaste fue que se trataba de un error.

—¿Están limpiando?— le preguntaste a Oscar, el eterno empleado de mantenimiento.

—No Julia, no puedo decirte más. Me pidieron que te entregue esta caja, la tomes y te vayas.

La respuesta de Oscar te paralizó, volviste la mirada sobre tu escritorio y la chica que ocupaba tu lugar evitó encontrarte con la mirada. Pensaste en hablarle, pero ante esa indiferencia helada, tomaste tus cosas y te fuiste, aún con la duda si se trataba de una broma, o un mal sueño.

Caminaste lentamente, saliste y rompiste en llanto, lloraste igual que cuando eras una nena y buscabas el abrazo de alguien que te contuviera. Así te fuiste, sabiendo que allí no había nada más que hacer. Una vez en la calle, la bronca y el dolor más profundo te invadieron por entero.

Trataste de comprender los cómo, los cuándo y los por qué. Te preguntaste: ¿Por qué tengo que pasar por esto? Mientras te mordías los labios e intentabas en vano secar tus lágrimas, sabías la respuesta. Fácil, simple, sin vueltas. Vino a tu mente aquella tarde, en la que por primera vez habías dicho “no”. Y aquí estás, devastada, indignada, impotente y triste, pero con el alivio de la convicción de que ese día hiciste lo que realmente querías.

Al borde del muelle

Luis Ángel Mejía

En un favorecido barrio al sur de Londres vivían John y Margareth, una pareja con apenas dos meses de casados. Ambos tenían padres conservadores, dueños de muchas fábricas de la ciudad. Tenían muchas ganas de tener un hijo varón, pero Margareth padecía de ovario poliquístico, lo cual le dificultaba poder concebir un

hijo. Esta condición fue la razón del primer problema de su matrimonio, ya que John se sentía abrumado de solo pensar que no podría dejar la descendencia que su padre le había ordenado.

Luego de muchos intentos fallidos y mucho llanto, Margareth comenzó a sentir algo diferente. Al pasar dos días fue a la farmacia, a unas cuadras de su casa, y compró una prueba que dio positiva. Tres semanas después, tuvo su primera cita con el médico y mientras estaba en la sala de espera recordó su última conversación con John:

—¡Ya me voy, mi amor!— gritó Margareth desde la puerta de entrada para que la oiga John.

—Espero no me falles esta vez— le contestó John mientras abría la puerta de la habitación— quiero que sea un varón.

Cuando por fin le tocó el turno a ella sintió mucho miedo y ansiedad, pero al ver al Doctor Wayne se calmó un poco. Él preparó los instrumentos para comenzar con la ecografía y le indicó que se sentara en la camilla:

—Doctor, ¿será niño o niña?— preguntó con voz temerosa pero camuflada con felicidad.

—Tendrás una hermosa y saludable niña, Margareth – sonrió mientras le entregaba la foto de recuerdo de la ecografía.

—¡Oh, una niña!— sonrió.—¿Está seguro doctor?

—Margie, en este hospital los ultrasonidos son de primera calidad, no tengas miedo, vas a ser mamá ¡Felicidades!

El Doctor Wayne la acompañó hasta la puerta de la clínica, la felicitó una vez más por su criatura. Ella tenía miedo de volver, lloró mientras se miraba por el retrovisor. Puso en marcha el motor y condujo sin rumbo, estacionó al lado del muelle y frotó suavemente su vientre

—Perdóname Marie, pero no podemos vivir así.

Oscuridad y manos frías

Agustina Molina

Nos agarramos de las manos y empezamos a caminar hacia la puerta que da paso a un lugar totalmente desconocido en lo que a mí respecta. Creo que él sabe hasta el

último detalle pero no quiero preguntarle nada, haría incomodo el momento, si es posible que lo sea más. Yo soy la que se siente rara, él se mueve como si no le afectara.

Lo que vamos hacer va a cambiar mi vida tanto como la suya, es comprensible que me sienta de este modo, ¿Me estará engañando solamente para quitarme la virtud y hacerla suya? ¿Se lo hizo a alguien más? ¿Puedo salir corriendo? No, ya no hay tiempo, no creo poder volver atrás. Igualmente lo pienso y me doy cuenta que no quiero.

Cuando lo miro moverse con tanta gracia, acomodando objetos que no me son siquiera mínimamente familiares, las dudas pierden fuerza y me relajo. Aunque todavía me queda una pequeña parte de vergüenza, muy poca, pero sí que está ahí. El ambiente está cálido ¿o seré yo? ¿Me habré puesto roja a causa de su mirada de hace un momento? Obvio que sí. Es muy fácil que me ponga como un tomate.

Supongo que no me importa. Está oscuro y no debe ser tan evidente, o tal vez no dijo nada para que no cambie mi decisión de ayudarlo. No sería posible. Estoy segura de hacerlo, con él me siento segura como con nadie más y quiero que se vaya con un recuerdo mío que no pueda sacarse nunca de la cabeza. Volver a verlo va a ser imposible. Sí, es él. No hay dudas. Si esto va a pasar, por lo menos, que sea con una persona que me hace sentir bien, no con alguien que no sé qué se le pasa por la mente cuando me mira.

Me mira. Me estremezco. Se acerca y me aterro, me planteo la idea de salir corriendo, pero me toca el pelo. Lo vuelvo a pensar mientras siento que me revuelve el pelo y sé que está bien. Sus ojos dan a entender que me desea y soy consciente de que yo igual. La oscuridad hace que sea un poco menos complicado empezar, me toca la mejilla y vuelvo a sentir calor, aunque su mano está fría. No me alejo. Cuando me besa, toma mi pelo para moverlo a un costado y ver mejor mi cuello, cierro los ojos. Vuelvo a abrirlos y estoy en mi cuarto. Él ya no está, sé que se fue. Recuerdo lo que pasó, estuvo bien y no me siento culpable.

El viaje esperado

Delfina Mónaco

Preparo el equipaje y estoy muy entusiasmada porque mañana me voy a Bariloche, mi ciudad favorita en todo el país. Estamos en pleno agosto, así que disfrutaré de la nieve como en ningún otro momento del año, y, como no estamos en vacaciones, todo sale mucho más barato. Ya hace un mes tengo organizado qué hacer cada día y hace dos semanas saqué todos los tickets necesarios. El primer y último día iré al Cerro Catedral, uno para esquiar y otro para hacer culipatín y disfrutar de la nieve. Después, conoceré el Cerro Otto y el Cerro Campanario, y finalmente visitaré una confitería hecha completamente de hielo.

Llega el gran día, parto hacia Aeroparque para tomarme el avión que me llevará a destino. Soy muy meticulosa, por lo que me encuentro en la zona de embarque, aunque falten tres horas para las 5 pm, hora en que parte el vuelo, y el tiempo no se pasa más. Reviso mi equipaje por décima vez para asegurar que no me olvido de nada y todo parece perfecto.

Se hacen las cinco de la tarde y por fin termina la espera. Ya está despegando el avión rumbo a la Ciudad de San Carlos de Bariloche. Me dispongo a dormir una siesta de dos horas y media, lo que dura el viaje, así cuando llego estoy descansada para poder salir a comer y tomar unas cervezas con unos amigos que me esperan allá. Pero primero quiero agarrar mi peluche del reconocido personaje de Disney llamado Stitch, que me acompaña a todos lados.

Pero al acercarme al estuche donde está guardado, me doy cuenta de que el cierre estaba abierto y adentro no había nada. ¿Cómo es posible? ¿Dónde estaba mi Stitch? ¿Se habría caído, me lo habrían robado o simplemente me lo olvidé? Intento calmarme, pienso que capaz está en el equipaje despachado, y logro mantener la calma, pero sólo por un rato. No sé qué pasará si no se encuentra en mi valija, duermo todas las noches desde los 15 años con ese regalo de mi madre y no me imagino sin hacerlo.

Al llegar al aeropuerto de Bariloche, lo primero que hago es revisar mi equipaje, donde efectivamente veo que Stitch no se encuentra, y ahora sí entro en desesperación. Pienso qué hacer y al cabo de unos minutos tomo la decisión de volverme a mi casa en el primer avión, que casualmente es en dos horas.

Estoy llegando a mi casa y terminando exactamente el mismo recorrido que había hecho a la ida. Abro la puerta y ahí está, tirado al costado del sillón. Lo abrazo y me acuesto a dormir con él. El peor y el más eterno viaje de mi vida.

El camino

Octavio Mussolino

No sé cómo llegué hasta acá ni por qué, pero sentía un fuerte impulso para avanzar por ese camino de asfalto que tenía en frente. Sin mirar atrás comencé. Paso a paso la niebla se hacía más espesa dificultando ver delante, pero no me frenó. Sentía una curiosidad agobiante pero impulsora. A los lados supuse habían árboles muy grandes, porque sólo se veían sus copas.

Sentía, a pesar del oscuro escenario, un aroma agradable como a noche melancólica en el campo. El olor de los árboles y del césped humedecido por el rocío me traía recuerdos difusos de la infancia. Noté que no había animales, ni nubes, ni lluvia, pero sí una luna opaca que no iluminaba ¡Que extraño! Seguí caminando con la mente en blanco, apreciando la situación. La niebla era tan espesa que no veía a un metro de mis pies.

Repentinamente escuché ruidos en los árboles y atrás mío, sentí que alguien o algo me observaba. Me paralicé por un segundo pero el mismo miedo que me dejó helado me incitó a seguir. El aroma placentero se tornaba paulatinamente en un hedor a descomposición y muerte que me erizaba la piel. Era tan fuerte que vomité y estaba por perder la cabeza, ya no quería estar ahí.

La sensación de que me seguían se hacía más fuerte pero no lograba ver nada, y el ruido vacío penetraba mis oídos intensamente. A través de la difusa oscuridad apareció una luz muy tenue y corrí directo a ella. Cuando llegué reconocí la silueta de alguien, y al acercarme noté que era un viejo demacrado y moribundo. La imagen comenzó a volverse nítida y descubrí que el viejo era yo. Grité, pero no emití sonido alguno:

–Hace rato que te estaba esperando – dijo el viejo y todo se tornó negro.

No sentí nada nunca más, ni olores ni sabores ni sonidos. Solo oscuridad vacía.

La luz de la oscuridad

Oriana Nisii

En la oscuridad sus sentidos se agudizaron, trató de percibir lo que había a su alrededor, era la nada misma. Lo único que se encontraba allí, además de ella era él, y ni siquiera podía sentir su aliento o escuchar su corazón. Esto la ponía ansiosa, necesitaba tocarlo, sentirlo.

No había luz a la vista, ni ventanas por ningún lado y, sin embargo, no faltaba el aire. Pudo buscar una salida, pero no intentó hacerlo, algo la mantenía fija en ese lugar, sólo quería quedarse ahí. Resultaba insoportable, no poder verlo y para este punto no abría los ojos, sólo se quedaba inmóvil esperando que él se acercase.

De pronto, sintió que alguien le tocaba la cara con delicadeza, y aunque siempre pensó que su tacto sería frío, no lo era. Notó su presencia acercándose a ella, sin quitar la mano de su rostro que empezaba a ruborizarse por la cercanía.

Aquella sensación de lo prohibido que se respiraba en el ambiente volvía temblorosas sus piernas. Le daba vida al deseo de aquello que hasta ese momento no se había pensado ni fantaseado. Toda su juventud parecía darle vitalidad a él, devolverle sensaciones viejas y generarle otras nuevas.

Por un momento ya no pensó ni se preocupó, él tampoco, ya no les interesaba medir las consecuencias. Sentir la luz en aquella oscuridad tan pesada fue lo que cambió la forma que ella tenía de ver las cosas.

Oscuridad

Juana Nuñez

Todas y cada una de las mañanas son así, atravieso las grandes puertas dobles del colegio observando la estatua de un ángel que me devuelve la mirada de piedra. Continúo caminando por el pasillo de la planta baja hasta encontrarme con una de mis amigas, con la que siempre me detengo a hablar por ser las primeras en llegar. Mantenemos el tipo de charlas típicas, en las que nos recordamos algún trabajo que debemos presentar y tarea que tenemos que entregar, de la que surge mi urgencia de ir al primer piso para discutir sobre una fecha de entrega con un profesor.

Cada paso por esa escalera, siempre tan pesado a primeras horas de la mañana, se siente inesperadamente ligero, como si realmente quisiera que alguien suba por ellas. El ambiente frío del invierno no cambia, pero el pasillo desolado y las luces de los salones que usualmente lo iluminan a través de sus ventanas, se encuentran apagadas; esto lo hace sentir helado. Evidentemente no estaba quien yo buscaba ahí y, sin embargo, mis pies se seguían moviendo solos a lo largo del tramo que da a las puertas de los salones. ¿Qué estoy haciendo? ¿A dónde voy?

Poco a poco me voy acercando a lo que es el final del pasillo, en el que sólo hay una puerta con una pequeña ventana. A través de ella sólo veo oscuridad, una oscuridad que hace transpirar mis manos y tener todos mis sentidos alertas. ¿Es posible que la oscuridad sea tan profunda vista desde una ventanita? Hay algo que no me permite sacar mi mirada de esa nada, algo tan absorbente que hace que lleve mis pensamientos a un hoyo negro. Quiero abrir esa puerta, tengo que abrirla, estoy por abrirla.

—¿Qué estás haciendo?

Me sobresalto y me doy vuelta rápidamente, mi amiga está parada ahí, mirándome fijamente con una expresión confundida pintada en el rostro. Observo a mi alrededor y me encuentro en el primer piso al final del pasillo, sin ninguna razón.

Dejavú futbolístico

Brian Ojeda

Era una mañana normal como la de todos los días, recuerdo haber desayunando bien y levantarme con mucha ansiedad y de muy buen humor, algo que últimamente no me sucedía. Entonces recordé el porqué de mi buen humor, volvía a jugar un partido oficial después de un poco más de un año y medio sin sentir esa hermosa sensación que es entrar en una cancha de fútbol.

Las horas parecían pasar cada vez más lento y yo esperaba ansioso y también lleno de miedo que el reloj marcara las 13:30 horas, para ir a la cancha hacia el vestuario y después por fin jugar. Para ser sincero, mientras estaba lleno de felicidad por un lado, por el otro temblaba de miedo. Temía que me volviese a pasar lo mismo que la última vez que jugué, cuando sufrí la rotura del tendón de Aquiles y ciertas complicaciones en la recuperación me impidieron volver a jugar en el tiempo

establecido. Dicha recuperación fue muy traumática, llena de inconvenientes, problemas, dolores y dudas. Las mismas dudas que tenía a la hora de volver. No sabía si estaba preparado, titubeaba de mis propias condiciones, aunque por momentos todo eso se disipaba cuando pensaba en que, a pesar de todo, estaba a unas horas de hacer lo que más me gustaba.

Finalmente, la espera se agotó y con una gran felicidad me dirigí al vestuario. Me cambié, charlé con mis compañeros, con mi papá que siempre me ha acompañado y entre todos trataron de convencerme de que sería una tarde positiva. Luego de la espera, lo que soñaba desde hacía más de un año se hizo realidad. Estaba volviendo a jugar y todo lo malo tenía su recompensa.

Durante el partido me sentí bien, tal vez sólo un poco ahogado y faltó de ritmo, lo que me pareció normal. Hasta que una jugada rutinaria, tan sólo corriendo, de repente sentí que otra vez mi tendón estaba roto.

Animal

Sol Peralta

Estaba en la puerta del boliche fumando un cigarrillo, cuando vi una pareja discutiendo en la esquina. La mujer estaba llorando mientras gesticulaba torpemente con los brazos. El hombre parecía enfurecido, se le notaba en el gesto fruncido y en cómo la increpaba contra la calle por donde pasaban los autos, sin dejarla caminar. Ella intentaba subir a la vereda pero él se lo impedía con el cuerpo, tarea que no le resultaba esfuerzo por su gran tamaño físico en contraste con el de su compañera.

De pronto, ella pareció querer escapar de la situación corriendo o como fuese, pero en ese mismo momento el tipo la agarró por el brazo y la empujó contra la pared de al lado del boliche. Mientras la empujaba una y otra vez, zamarreándola con fuerza sujetándola por los brazos, gritaba:

—¿A dónde te vas a ir, eh? ¡Sin mí te quedás sin nada! ¡No sos nadie, pelotuda!

Ella trataba de calmarlo pero sólo podía balbucear entre sollozos con tal desesperación que se ahogaba. En un intento por zafarse, la muchacha lo empujó y por fin pudo hablar:

—¡Pará! Por favor te lo pido. ¡Calmate! Me duele, por favor.

Pero sus palabras empeoraron la situación. En vez de soltarla, el joven le estampó un golpe en la cara que le dejó sangrando la nariz. Entre gritos y confusión, una adolescente que estaba mirando todo, corrió a tratar de socorrer a la mujer, desatando una furia de puñetazos sobre el hombre, gritando.

—¡Dejala, animal! ¡Te digo que la sueltes!

El guardia de seguridad llegó en el momento justo y se llevó al muchacho a la esquina. La adolescente lloraba en el suelo indignada. La mujer con la cara hinchada y enrojecida también lloraba, resignada con los brazos cruzados. Cuando el patovica y el hombre terminaron de discutir, la pareja se tomó un taxi en silencio y desapareció.

Nos quieren sumisas, pero seremos guerreras

Selena Reniero

Te levantaste unos minutos después de apagar la alarma de tu celular y permaneciste sentada al borde de la cama sin decirme nada. Quieta, con el cuerpo en dirección a la ventana, y yo a unos pocos centímetros sin atreverme a acariciar tu espalda desnuda y lastimada por miedo de hacerte doler. Observé en silencio tu piel, impotente por no poder volver el tiempo atrás.

Era domingo por la mañana, y en la habitación solo se respiraba tristeza e impotencia. Te pusiste de pie y caminaste alrededor de la cama hasta donde yo estaba. Lo hiciste despacio y con leves muecas. Por dolor, pude suponer.

—No me mires así. Voy a estar bien—me dijiste. —Tengo suerte de estar viva—me acariciaste y saliste de la habitación.

Tan solo unos pocos momentos después, te seguí. Como de costumbre, sacaste del estante un saquito de té del sabor que más te gustaba y también el frasco de café. Te observé en silencio sentada en la escalera. Llenaste de agua la pava eléctrica y la prendiste. Buscaste, mientras se calentaba, el azúcar y las tazas. Los moretones de tus piernas y brazos parecían dolerte más en cada movimiento que hacías, y tu mirada lucía perdida sin importar hacia dónde mirases. Cuando la pava se apagó, cuando ya tenías todo listo, te quedaste inmóvil en medio de la cocina y empezaste a llorar.

Te abrazaste a vos misma y cerraste los ojos mientras un par de lágrimas caían por tus mejillas. Me paré para acercarme, pero a penas notaste mi presencia hiciste señas con las manos para que me vaya. Dejaste de sujetarte el cuerpo y abriste los brazos. Los miraste, los acariciaste, rodeaste con la yema de tus dedos cada moretón que había en ellos. Después comenzaste a ver tus piernas. Lloraste mientras te las tocabas. El infinito mundo de pensamientos que podría estar pasando por tu mente nunca me había interesado tanto.

—No me voy a quedar quieta. No nos van a poder callar— comenzaste a decir con un tono bajo.

Te pusiste derecha y limpiaste las lágrimas de tu rostro. Me miraste directo a los ojos y sonreíste a medias.

—¡Por cada violento suelto nos hacemos más fuertes!— gritaste y te tiraste al piso. Abrazaste tus piernas y continuaste diciendo lo mismo. Lo gritaste muchas veces, con lágrimas corriendo por tu cara. Te pusiste de pie y corríste a abrazarme. Y tu fortaleza también fue mía.

Estudiar ¿Qué es eso?

JorgelinaRuggiriello

Recuerdo cuando eran épocas de examen y todo me estresaba. En momentos así lo relajante era leer y pasar horas sin darme cuenta de nada a mi alrededor.

Mi libro favorito que siempre leía muchas veces, fue la saga *Crepúsculo*. Lo malo era que mi mamá no quería que me distrajera leyendo eso y sí que estudiara. Para eso, me escondía los libros.

Aún recuerdo las tardes donde, con los libros de estudio, tapaba el de la novela. Era nuevo, de tapas gruesas y hojas finas con olor a recién impreso. Todos los días esperaba volver del cole para leerlo y olvidarme de los exámenes.

Igual, cuando a un niño le decís que no haga algo, más lo quiere hacer. Así que revisaba toda la casa hasta encontrar la novela y en el tiempo que mamá trabajaba seguía leyendo, o durante la noche mientras todos dormían.

Lo irónico es que no me dejaba leer, cuando en realidad lo que una mamá más quiere es que un nene lea. Pero bueno, aún no me canso de leerlo y releerlo una y otra vez hasta la actualidad.

Los hombres también, señora

Santiago Salgado

Eran cerca de las diez y el banco estaba a punto de abrir. Como era común, una gran fila aguardaba para ingresar. La jornada transcurría tranquilamente hasta que cerca del mediodía se generó una inusual concurrencia en la zona de las cajas haciendo que el malestar entre el público comenzara a crecer. En el banco existen dos tipos de cajas: las que solo entregan dinero y las de cobro de servicios y atención prioritaria, ambos puestos con su respectiva fila.

Cerca de las doce, llegó un personaje que marcaría la jornada para la historia entre todos los que estaban presentes. Una mujer mayor, lenta en movimientos pero ágil de mente, se acercó al guardia de seguridad y de forma prepotente preguntó cuál era la cola de atención prioritaria. Una vez en la fila, la señora comenzó a gritar, parecía molesta e indignada porque un hombre delante de ella se disponía a ingresar a las cajas de prioridad. La mujer vociferó ofuscada:

—Usted no puede estar en esta fila, ¿qué le hace creer que puede hacerlo? Esa panza— dijo riendo. —Es una mentira.

El hombre, tranquilamente levantó su camiseta. Su panza era real, él estaba gestando una criatura. Los demás clientes estaban atónitos, y en defensa del joven intentaron calmar la situación que se estaba yendo de las manos. La dama no sólo gritaba las peores calamidades al hombre, sino que además sacudía su bastón por los aires increpando a aquellos que la contradecían o trataban de serenarla.

Los presentes no paraban de abuchear a la mujer, hasta que, consumida por la vergüenza, se desvaneció producto del shock nervioso que estaba sufriendo. El hombre se acercó a la mujer y le dijo:

—Los hombres también podemos gestar, señora.

Finalmente, doña Mirtha fue trasladada al hospital pasadas las dos de la tarde. El joven pudo realizar sus trámites bancarios con rapidez en el lugar que le correspondía por derecho.

Pétalo de faroles celestes

Simón Stravalachi

Su rostro tan puro de imperfecciones, tan delicado, tan suave y frágil. Sus cachetes rojos como sol otoñal. Sus ojos vacíos y cristalinos clavados en mí con una mirada que la hacía perder gotas de sudor de su bella tez. Me prendía con sólo verla. Mis manos grises y sin vida acariciaban su fina piel de diosa, su esculpido cuerpo, su ser. Sus senos rosados casi agua rozaban con mis casi invisibles manos, con una temperatura fuerte que la hacía desprender varios gestos en su hermosa cara. Esos labios mordiéndose cuan hambre de placer y de querer y sentir más y más.

Su fina cabellera caía pero no llenaba su pequeña espalda. Sus piernas largas sin ver su fin, acariciadas y mimadas. Qué temperatura para los días de heladas que vivíamos, con la presión fuerte como la pasión que sentíamos por dos, aunque éramos uno. Su respiración se elevaba y por su boca emanaba vapor que no tardaba en conectarse con el aire. No eran sus prendas lo que la calentaban. Su figura blanca se vio envuelta con mis labios. La marqué con fierro morado, ni fuerte ni delicado.

Sus débiles manos de mi gran espalda se agarraban. Y ella deslizaba sus punzantes uñas dejando un camino que recorría todo un terreno. Por mi cuello su húmeda lengua pasaba y mordía, a la vez que fuertes impulsos sentía. Sus piernas cubiertas por largas medias con ligues que conectaban su ropa interior, la que fue arrancada por mí, para dar fin a lo empezado.

Sonido enterrado

Joaquín Vasvaldo

Recuerdo que cuando éramos niños pasamos unos días en una cabaña que quedaba en la costa. Sucede que un amigo de mi papá pidió que cuidásemos la casa durante una semana, así que nos quedamos allí en Mar de las Pampas sin conexión a Internet. Pasamos todo el día en la playa, nos divertimos mucho al meternos en el agua, cosa que lamentamos después.

Al día siguiente mi papá nos despertó con los sonidos de una verdadera estampida de animales que nos hizo sobresaltar a todos, cayéndonos de la cama. Nos

levantamos y vimos con asombro a varios muñecos de distintos animales sostenidos por los brazos de mi papá. El que me tocó a mí era un objeto inanimado con patas largas, con cara anfibia, con ojos como de un cocodrilo y piel verde que se suponía debía ser escamosa. Era una rana, también tenía el tamaño de una de verdad. Detrás suyo poseía un botón que al presionarlo emitía un sonido que, asumo, era el de este animal. Al resto de mis hermanos les tocaron animales diversos.

Salimos a jugar con nuestros nuevos juguetes, de los cuales, se desprendían mugidos, graznidos y hasta ladridos. Maltraté bastante al mío porque lo enterraba en la playa, lo desenterraba y, acto seguido, lo volvía a enterrar. Jugamos hasta cansarnos, nos dormimos y nuestros padres nos tuvieron que meter así al auto.

Al despertar en la combi, me percaté de que ya no tenía a la rana. Tanto su sonido como su recuerdo yacían enterrados en la arena, junto con todo su cuerpo. Hoy me pregunto cómo se llama el tipo de sonido que emite una rana. Ahora pienso que capaz haya sido un sapo. ¿Habría sido macho? Lo que fuera, ya quedó enterrado.

Vuelta a casa

Sofía Zara

Hoy salí temprano del colegio. La profesora de historia no había podido ir a dar la clase. Como todos los días, crucé la Avenida Concordia para luego, doblar a la izquierda y hacer tres cuadras hasta mi casa. El día estaba nublado y frío. Eran las seis de la tarde y algo me hizo dudar sobre el camino que iba a tomar. No tenía miedo, ni mucho menos, la inseguridad no era característica de mi pueblo. Por lo general, poca gente circulaba por las calles, también había escaso tránsito, pero era una localidad muy chica y todos sus habitantes nos conocíamos. Es esa la razón por la que no pude explicar la extraña sensación que tuve. No sé porqué tomé la decisión de desviarme una cuadra sobre la Avenida. En fin, lo hice.

Llegando a la esquina de la calle Monte, doblé hacia la derecha e hice dos cuadras. Cuando estaba por cruzar la calle, escuché un grito agudo y desgarrador. Inmediatamente, casi por reflejo, miré a mi alrededor, buscando la dirección de la que provenía el ruido. Cruzando la calle, a mi izquierda, había un descampado.

Estaba segura de que ese era el lugar. Sentí mis latidos acelerarse de manera exagerada cuando pude ver que había una chica tirada en el pasto.

Mi instinto me llevó a esconderme detrás del primer árbol que vi en la vereda. La ráfaga de viento frío y seco que se levantó se sintió como pequeñas agujas penetrantes por todo mi cuerpo sudoroso y acalorado. En ese momento supe que quería ayudarla o, por lo menos, fijarme si necesitaba de mi auxilio. Aunque en el fondo, sabía que no, que ya no podía hacer nada para ayudarla porque no se movía. Luego de pocos pero largos y oscilantes minutos, me acerqué y la vi. Estaba tirada de costado, de espaldas a mí. Tenía puesta una remera blanca y una pollera corta a cuadros rojos y azules. Reconocí la ropa porque era el mismo uniforme que se usaba en mi colegio. El mismo uniforme que yo tenía puesto.

Su pelo color miel me recordaba al mío. Pero fue su tatuaje lo que me llamó la atención. Me di cuenta de que teníamos el mismo dibujo de tinta negra en el brazo izquierdo. Tenía que ser coincidencia. Un escalofrío me recorrió toda la espalda. Tomé el valor de voltearla de costado y confirmar ese terror que me hacía temblar. La vi.

Me vi. Vi mi rostro, mis labios, mi pelo, mi cuello morado por las huellas de las manos que me habían estrangulado. Vi mis ojos abiertos. Pero no me miraban. Tenía los ojos abiertos y de todas formas no me miraban. Yo no estaba ahí adentro. Sólo era mi cuerpo. Yo ya no estaba. No sabía cómo, quién, ni por qué, pero me habían asesinado. Sabía poco. Sabía que ya no estaba detrás de esos ojos abiertos y que nunca iba a volver a estarlo. Nunca llegué. Fui una más.